

¿Por qué quiero leer a Ayn Rand?

Jose Antonio Lorencio Abril

Cualquier interesado en las ideas de la libertad ha escuchado varias veces el nombre de esta escritora, y mi caso no es distinto. Mi padre, por otro lado de la historia, gusta de comprar libros, aunque no suela leerlos. Esto es una cualidad curiosa que supongo que es fruto del disfrutar del nuevo conocimiento, pero no tener tiempo para adquirirlo mediante la lectura. Normalmente lo puedo encontrar durante la noche escuchando alguna entrevista o viendo un documental hablando sobre los temas de ese libro que tiene pero no ha leído. Yo hago lo contrario. Aprovecho los libros huérfanos que encuentro por mi casa y los acojo para darles el trato que merecen. Así es precisamente como llegó a mis manos “La rebelión de Atlas”. Este, además, fue un caso distinto a los demás libros adquiridos desde el horfanato de la mesilla del salón. En este caso conocía la identidad del libro que había en mis manos.

La historia me atrapó, y la calidad literaria me pareció sobresaliente. Había párrafos que releía por lo deliciosamente escritos que me parecía que estaban. No obstante, esto no fue lo que me hizo devorar el libro. Fue que Ayn, a través de la ficción, me estaba ayudando. Estaba haciéndome ver que ciertas percepciones mías sobre el mundo, se pueden verbalizar.

“La realidad existe”. Esta simple afirmación provocó un seísmo en mi mundo. Claro que la realidad existe, y claro que lo sabía. Pero, ¿cómo no había sabido decirlo hasta entonces? La realidad existe, y lo hace independientemente de que lo queramos o no.

“Las personas, mediante la razón, podemos conocer la realidad”. Por algún motivo, no nos dicen esto en ningún momento. Y hay que ser un adolescente muy soberbio para que este pensamiento se te cruce por la cabeza, y creértelo. Yo lo desechaba constantemente. Al fin y al cabo, estaba rodeado de personas que creen que la realidad no existe, o que es un ente incognoscible que habita en un universo paralelo, y que solo unos pocos privilegiados o locos han podido vislumbrar. No son capaces de ver que la realidad está delante de su nariz, y que no se necesita conocer todo, sino solo aquella fracción de la realidad que nos proporciona información valiosa para el objetivo perseguido. Es decir, de un lado están aquellos que como creen que la realidad no existe, pueden moldear el mundo tal y como sucede en su mente: los políticos, que legislan con intenciones en lugar de con resultados; del otro lado están aquellos que consideran que la realidad es tan compleja que no tiene sentido tratar de comprenderla: los lameculos, quienes requieren únicamente de una boca a la que escuchar, una cabeza a la que obedecer, y una mano de la que comer. Yo me niego a estar en alguno de estos extremos, y siquiera en un punto intermedio.

“El autosacrificio es inmoral”. Un asteroide enorme, a una velocidad cercana a la de la luz, impactó contra mis principios cuando entendí lo que Ayn Rand me estaba diciendo. ¿En qué momento nos han enseñado a valorar más la vida ajena que la propia? ¿Por qué está peor visto no querer ceder lo que es de uno, que reclamar lo que es de otro? Ciertamente, creo que tras esta asección se esconden los grandes problemas a los que la sociedad debe hacer frente. Pero su dirección es opuesta a la que todos aprendemos desde pequeños como correcta. Tan opuesta que incluso es difícil detectar por qué es un problema creer que quien pide tiene una necesidad, pero quien no da es un egoísta antihumanitario.

Quiero seguir conociendo las ideas de Ayn Rand, porque son claras, y clarifican las mías. Quiero solidificar mis principios, no mediante la fe, sino mediante la razón. Y, con esto, llevar una vida armoniosa y coherente. Una vida en la que, aunque cometa equivocaciones, estas no puedan ser achacadas a una falta de moral, puesto que considero que gran parte de los requerimientos para la felicidad se satisfacen con la simple acción de decidir en base a los principios de uno mismo.